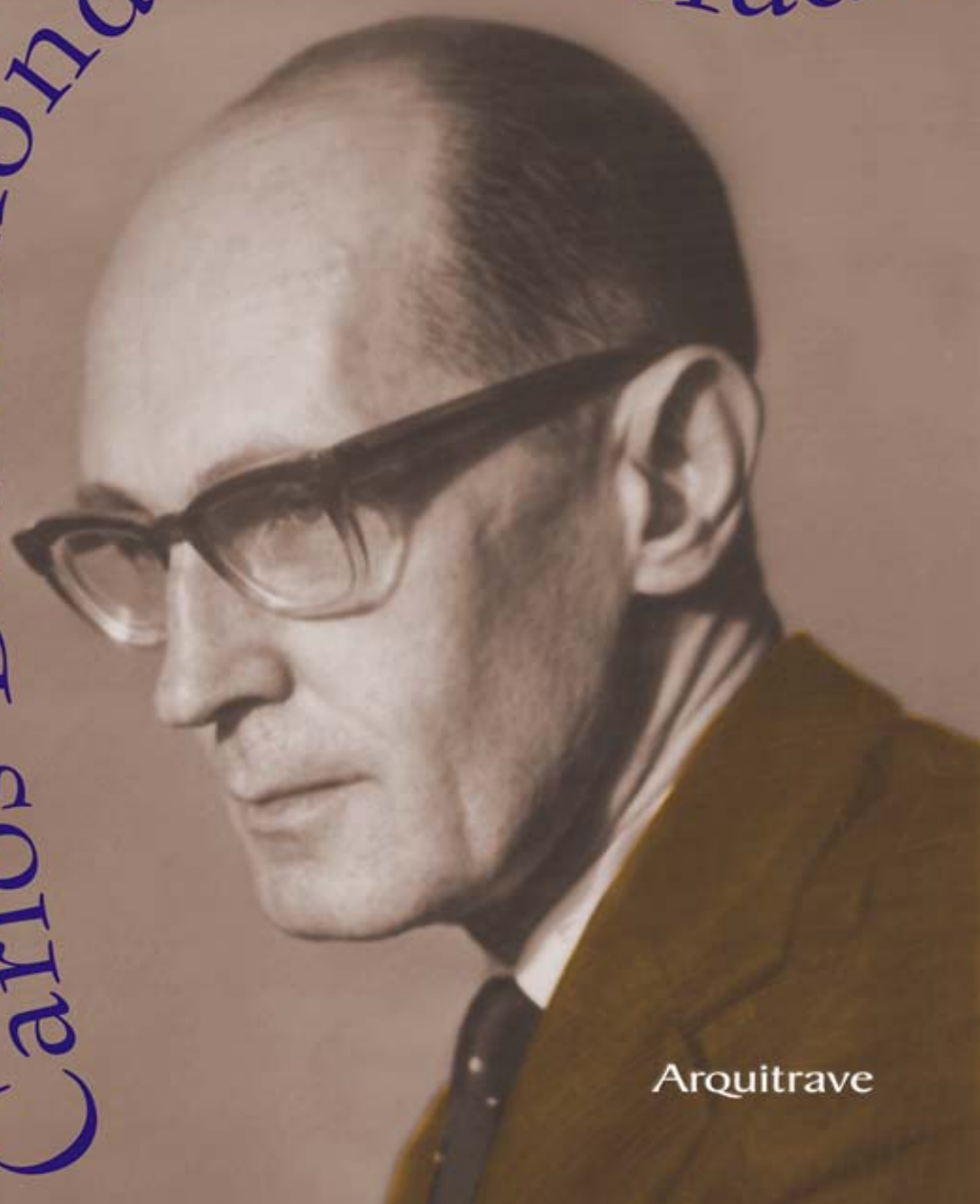


Carlos Drummond de Andrade



Arquitrave

Carlos Drummond de Andrade

Antología

Carlos Drummond de Andrade

Antología

Selección, traducción y prólogo
de Rodolfo Alonso

Arquitrave

Antología

© Carlos Drummond de Andrade

© Arquitrave Editores

www.arquitrave.com/suscriptores@arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Hernán Gómez

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Carlos Drummond de Andrade

Fue en la rumorosa Feria del Libro, en Buenos Aires, y precisamente en la sala *Jorge Luis Borges*, colmada por cientos de personas ese sábado 27 de abril de 2002. Junto con tres colegas brasileños, invitados todos por su Embajada, conmemoramos el centenario del nacimiento de uno de los más grandes poetas del continente: Carlos Drummond de Andrade (1902-1987). Profundamente emocionado, pronto abandoné el texto escrito previamente para permitirme improvisar, más libremente, dejando fluir mis sentimientos junto con mis razones. Porque esa poesía y ese hombre, con una misteriosa precisión, estaban muy hondamente relacionados con mi vida.

Hijo de gallegos, el primero de mi familia nacido en Buenos Aires, de familia bilingüe, me descubrí escribiendo poesía en mi primera adolescencia. Y, casi al mismo tiempo, me descubrí igualmente traduciendo poesía, sobre todo del portugués pero también del italiano y del francés. Y lo primero que traduje fueron poemas de Carlos Drummond de Andrade, que siempre me atrajeron fuertemente. Y que no sólo proseguí divulgando en mi país sino también en Latinoamérica y España.

Todo se potenció al verme convertido, un día antes de cumplir diecisiete años, en el miembro más joven de un movimiento argentino de vanguardia, reunido alrededor de la revista *Poesía Buenos Aires* (1950-1960), que iba a modificar de raíz la teoría y la práctica de la poesía argentina. A partir de entonces, todo se aceleró, y la viva presencia de Carlos Drummond de Andrade comenzó a ser una riqueza generosamente compartida. Entre nosotros, y con los otros. Allí publiqué mi versión de *El obrero en el mar*, ese texto magnífico, de honda significación estética y humana. Allí se llamó *Sentimiento del mundo* una de nuestras colecciones. Allí fue Drummond uno de los cuatro primeros autores incluidos en los pocos cuadernillos que llegaron a publicarse de una ambiciosa serie, *Poetas del Siglo Veinte*, luego interrumpida.

Acusados entonces de europeizantes y de afrancesados (y es verdad que adorábamos a Éluard y Apollinaire, a Char y Dylan Thomas, por ejemplo), también nos preciábamos de Huidobro y de Vallejo, de Oliverio Girondo y

de Juan L. Ortiz, entre otros grandes latinoamericanos. Y a través de Drummond me tocó, a partir de entonces, convertirme en el devoto impulsor de los indelebles modernistas brasileños, que vengo traduciendo y difundiendo sin cesar.

Capaz de ser al mismo tiempo absolutamente renovador y legítimamente nacional, en el mejor sentido, el modernismo brasileño constituye una prueba evidente de la originalidad de las vanguardias latinoamericanas, tantas veces acusadas de ser mero reflejo de recursos europeos. Y, con ser originalísima, la obra de Carlos Drummond se vuelve también significativa en ese contexto modernista, del cual constituye muy probablemente el paradigma. Popular sin demagogia, discreta sin pavoneos, distante pero cálida, precisa sin frialdad, incluso en sus comienzos abiertamente comprometida pero con tal intensidad de vida y de lenguaje que sus poemas de ese tipo continúan en vigencia y conmoviéndonos, el desarrollo de la poesía de Drummond constituyó para nosotros, y especialmente para mí, una experiencia enriquecedora. Donde lo estético y lo humano se daban como evidencia viva, lograda, cabal, y al mismo tiempo temblorosamente inerme, transida, contagiosa.

Si pudo ofrecernos, en *Búsqueda de la poesía*, una lúcida, ejemplar arte poética, de luminosa inteligencia y contagiosa sensibilidad, capaz de precavernos contra toda demagogia, y que cada día cobra más justificadas dimensiones (especialmente en estos tiempos de ácida banalización y consiguiente aridez del lenguaje, inclusive cotidiano, asolado por los medios audiovisuales globalizados), ¿no es llamativo que haya logrado hacerlo después de su tocante *Consideración del poema*, humanísima obertura con la que abre, en los duros y crueles años que fueron de 1943 a 1945, en lucha mundial contra el fascismo, nada menos que un libro que quiso llamar *La rosa del pueblo*?

Es la misma temblorosa precisión con que, como el torero a la hora de la verdad, en un golpe de gracia, culmina allí mismo ese otro poema imborrable: *Pasaje del año*, como si quisiera dar una demostración definitiva a aquel lúcido aserto de Huidobro («el adjetivo, cuando no da vida, mata»), con estas palabras indelebles: «La vida es gorda, oleosa, mortal, subrepticia.» No sólo calidad literaria, ni mucho menos habilidad retórica, como se ve, sino precisamente lenguaje encarnado, belleza-verdad hecha voz, inflexión y sentido. Porque, como él mismo dijo, no se trata apenas de escribir bien, de

tener buenos sentimientos o buenas razones sino de «ser hombre en el poema», apenas, nada menos. Después de todo, aunque con sobria dignidad él haya aludido a «razones de conciencia», ¿no habrá sido asimismo por razones estéticas que, en 1975, Drummond rechazó el bien dotado Premio de Literatura de Brasilia que celebraba el aniversario de la dictadura militar?

Si vuelvo la vista atrás, continúo sin salir de mi asombro. ¿Cómo consiguió el adolescente tímido que yo era, tomar contacto epistolar con Drummond de Andrade, que me contestó con increíble generosidad? Libros y cartas me llegaban, entibiándome el corazón, desde su domicilio carioca en Conselheiro Lafaiete 60/701. (Y algo similar me iba a seguir ocurriendo, poco tiempo después, con Murilo Mendes.) Pero no era sorprendente. Con ese clima de fraternidad exigente, con esa amistad desinteresada y generosa pero al mismo tiempo profundamente respetuosa de la dignidad, estética y humana, de la poesía, los modernistas brasileños habían creado entre ellos y sus obras lazos que los sostenían y los comunicaban. Son memorables, y envidiables, entre muchas otras por ejemplo las relaciones de Bandeira con Mário de Andrade, de Drummond con Bandeira, de Murilo con todos. Y de ello ha quedado vigente testimonio no sólo en cartas, gestos y opiniones sino también en algunos poemas imborrables.

Y yo también tuve pruebas de ello. En 1957, colaboraba con Paco Urondo (otro miembro de *Poesía Buenos Aires*) en la *Primera Reunión de Arte Contemporáneo*, organizada para la Universidad Nacional del Litoral en la ciudad de Santa Fe, y donde se reunieron entonces las vertientes más avanzadas del arte y la cultura moderna en la Argentina. Sólo hubo tres invitados especiales, y uno de ellos fue Drummond, el único extranjero. Quien contestó a mi pedido enviando, de inmediato, el original de su bello poema *Especulaciones alrededor de la palabra hombre*, por entonces todavía inédito, que traduje conmovido y que no sólo fue expuesto sino también incluido en el volumen que se publicó al año siguiente.

El primer libro de Drummond de Andrade que tuve entre mis manos fue *Fazendeiro do Ar & Poesia até Agora*, que Livraria José Olympio Editôra publicó en 1954. Y precisamente ese libro culmina con uno de los pocos poemas de Drummond explícitamente relacionados con Buenos Aires. Se trata de *A Luís Maurício, niño*, dedicado a uno de sus tres nietos argentinos,

y donde Buenos Aires aparece explícitamente aludida. No sólo por esa «ventana / que da hacia el Ministerio de Trabajo», cuya efigie burocrática es engalanada por la primavera, sino también por «el enano de Harrods, hoy viejo, entre niños enormes», que sólo los mayores recordarán ahora, o el ciego sentado «en su inmovilidad, / en la esquina de Córdoba y Florida», o algunos habitantes de nuestro Jardín Zoológico, sin duda visitado con los niños («Fíjate que hay terciopelo en los osos. / Incómodos y prisioneros, en Palermo»), o también, como todos sabemos que «los chicos y las palomas confraternizan en la Plaza de Mayo»).

Lo que me trae de inmediato el recuerdo de su única hija, María Julieta (cuya muerte iba a causarle la muerte), casada y viviendo en Buenos Aires, a quien una noche memorable de 1967 invité a mi casa, para recibir allí juntos a Giuseppe Ungaretti (a quien también tradujo en 1962), que había vivido en Brasil y como para volver a reunirlo con Drummond, reuniendo así de paso en dos figuras ejemplares mi devoción de siempre por la poesía italiana y la poesía brasileña, acaso las otras dos patrias de mi espíritu.

Poco después, en una carta del 3 de enero de 1968, Drummond comienza definiéndose «como el animal menos epistológrafo del mundo» para terminar adjuntando, tan discreta como generosamente, «unas pocas líneas» para prologar mi libro *Hago el amor* (1969), a pesar de que «ya no escribo prefacios.»

Aunque en medio de la supuesta globalización continúe en Latinoamérica la insoportable balcanización de nuestros pueblos, siempre me pareció especialmente doloroso que esa absurda incomunicación se produzca también con el Brasil, cuya cultura contagiosamente vital, extraordinariamente viva, ha de resultar especialmente fecunda para un continente del cual, por otra parte, constituye prácticamente la mitad. No son los intereses que quieren ver justos, libres y fuertes a nuestros pueblos los que nos mantienen, todavía en gran medida, tan absurdamente incomunicados. En la medida de mis posibilidades, y siempre que me ha sido posible, he tratado de contribuir a que la gran poesía de Brasil se mantenga bien viva entre nosotros, los otros pueblos hermanos de habla castellana. Y en ese impulso, desde un comienzo, la gran poesía de Carlos Drummond de Andrade ha resultado siempre un protagonista fundamental. Alrededor del fuego de la voz de Drummond,

fraterna y exigente, cada día más viva, cada día más vivos, habremos de continuar reuniéndonos, todos nosotros, brasileños, argentinos, colombianos, latinoamericanos todos, en ese legítimo «sentimiento del mundo» que, hijo del planeta, abarcará al planeta.

Rodolfo Alonso

Poema de siete caras

Cuando nací, un ángel chueco
de esos que viven en la sombra
dijo: Anda, ¡Carlos! a ser *gauche* en la vida.

Las casas espían a los hombres
que corren detrás de mujeres.
La tarde tal vez fuese azul,
si no hubiese tantos deseos.

El tranvía pasa lleno de piernas:
piernas blancas negras amarillas.
Para qué tanta pierna, Dios mío, pregunta mi corazón.
Sin embargo mis ojos no preguntan nada.

El hombre detrás del bigote
es serio, simple y fuerte. Casi no conversa.
Tiene pocos, raros amigos
el hombre detrás de los anteojos y el bigote.

Dios mío, por qué me abandonaste
si sabías que yo no era Dios
si sabías que yo era débil.

Mundo mundo vasto mundo, si me llamase Raimundo
sería una rima, no sería una solución.
Mundo mundo vasto mundo, más vasto es mi corazón.

Yo no debía decírtelo
pero esa luna
pero ese coñac
lo dejan a uno más conmovido que el diablo.

Laguna

Yo no vi el mar.
No sé si el mar es lindo,
no sé si es bravo.
El mar no me importa.

Yo vi la laguna.
La laguna, sí.
La laguna es grande
y calma también.

En la lluvia de colores
de la tarde que estalla
la laguna brilla
la laguna se pinta
de todos colores.
Yo no vi el mar.
Yo vi la laguna...

Política literaria

El poeta municipal
discute con el poeta provincial
cual de ellos es capaz de vencer al poeta federal.

Mientras tanto el poeta federal
se saca oro de la nariz.

Sentimental

Me pongo a escribir tu nombre
con fideos de letritas.
En el plato, la sopa se enfría, llena de escamas
y acodados en la mesa todos contemplan
ese romántico trabajo.

Desgraciadamente falta una letra,
¡una letra solamente
para acabar tu nombre!

— ¿Estás soñando? ¡Mira que la sopa se enfría!

Yo estaba soñando...
Y hay en todas las conciencias un cartel amarillo:
«En este país está prohibido soñar.»

En medio del camino

En medio del camino
había una piedra
había una piedra
en medio del camino
había una piedra
en medio del camino
había una piedra.

Nunca me olvidaré de ese acontecimiento
en la vida de mis retinas tan fatigadas.
Nunca me olvidaré que en medio del camino
había una piedra
había una piedra
en medio del camino
en medio del camino
había una piedra.

Poema que ocurrió

Ningún deseo en este domingo
ningún problema en esta vida
el mundo paró de repente
los hombres quedaron callados
domingo sin fin ni comienzo.

La mano que escribe este poema
no sabe que está escribiendo
mas puede ser que si supiese
no atinara.

Poesía

Gasté una hora pensando un verso
que la pluma no quiere escribir.
No obstante él está aquí dentro
inquieto, vivo.
Él está aquí dentro
y no quiere salir.
Pero la poesía de este momento
inunda mi vida entera.

Cuadrilla

Juan amaba a Teresa que amaba a Raimundo
que amaba a María que amaba a Joaquín que amaba a Lili
que no amaba a nadie.

Juan se fue a los Estados Unidos, Teresa al convento,
Raimundo murió en un desastre, María quedó para tía,
Joaquín se suicidó y Lili se casó con J. Pinto Fernández
que no tenía nada que ver en el asunto.

Anécdota búlgara

Había una vez un zar naturalista
que cazaba hombres.
Cuando le dijeron que también se cazan
mariposas y golondrinas,
quedó muy espantado
y le pareció una barbaridad.

Cabaret mineiro

La bailarina española de Montes Claros
danza y danza en la sala mestiza.
Cien ojos morenos están desnudando
su cuerpo gordo picado de mosquitos.

Tiene una señal de bala en el muslo derecho,
la risa postiza de un diente de oro,
pero es linda, linda, gorda y satisfecha.
¡Cómo bambolea las nalgas amarillas!
Cien ojos brasileños están siguiendo
el balanceo dulce y suave de sus tetas...

Me quiero casar

Me quiero casar
en la noche en la calle
en el mar o en el cielo
me quiero casar.

Yo busco una novia
rubia morena
negra o azul
una novia verde
una novia en el aire
como un pajarito.

¡Rápido, que el amor
no puede esperar!

Aurora

El poeta iba ebrio en el tranvía.
El día nacía detrás de las quintas.
Las pensiones alegres dormían tristísimas.
Las casas también iban ebrias.

Todo era irreparable.
Nadie sabía que el mundo iba a acabar
(sólo una criatura se dio cuenta pero quedó callada),
que el mundo iba a acabar a las 7 y 45.
¡Últimos pensamientos! ¡Últimos telegramas!
José, que colocaba pronombres,
Elena, que amaba a los hombres,
Sebastián, que se arruinaba,
Arturo, que no decía nada,
se embarcan para la eternidad.

El poeta está ebrio, pero
escucha un llamado en la aurora:
¿Vamos a bailar todos entre el tranvía y el árbol?

¡Entre el tranvía y el árbol
bailad, mis hermanos!
¡Aún sin música
bailad, mis hermanos!
Los hijos están naciendo
con tanta espontaneidad.
Qué maravilloso es el amor
(el amor y otros productos).
¡Bailad, mis hermanos!
La muerte vendrá después
como un sacramento.

Boca

Boca: nunca te besaré.
Boca de otro, que ríes de mí,
en el milímetro que nos separa,
cabén todos los abismos.

Boca: si mi deseo
es impotente para cerrarte,
bien sabes de eso, te burlas
de mi rabia inútil.

Boca amarga porque imposible,
dulce boca (no probaré),
ríes sin beso para mí,
besas a otro con seriedad.

Soneto de la perdida esperanza

Perdí el tranvía y la esperanza.
Regreso pálido a casa.
La calle inútil y ni un auto
pasaría sobre mi cuerpo.

Voy a subir la ladera lenta
en que los caminos se funden.
Todos ellos conducen al
principio del drama y de la flora.

No sé si estoy sufriendo
o si es alguno que se divierte
¿por qué no? en la noche escasa
con un insoluble flautín.
Entretanto hace mucho tiempo
gritamos: ¡sí! a lo eterno.

No te mates

Carlos, sosiégate, el amor
es eso que estás viendo:
hoy besas, mañana no besas,
pasado mañana es domingo
y el lunes nadie sabe
qué pasará.

Es inútil resistir
o aun suicidarse.
No te mates, oh no te mates,
resérvate todo para
las bodas que nadie sabe
cuando vendrán,
si es que vendrán.

El amor, Carlos, tú telúrico,
la noche pasó en ti,
y los complejos sublimándose,
allá adentro un barullo inefable,
oraciones, gramófonos,
santos que se persignan,
anuncios del mejor jabón,
barullo que nadie sabe
de qué, para qué.

Mientras tanto caminas
melancólico y vertical.
Eres la palmera, eres el grito
que nadie oyó en el teatro
y todas las luces se apagan.

El amor en la sombra,
no, en la claridad,
es siempre triste, hijo mío, Carlos,
pero no digas nada a nadie,
nadie sabe ni sabrá.

Secreto

Tengo apenas dos manos
y el sentimiento del mundo,
pero estoy lleno de esclavos,
mis recuerdos se escurren
y el cuerpo transige
en la confluencia del amor.

Cuando me levante, el cielo
estará muerto y saqueado,
yo mismo estaré muerto,
muerto mi deseo, muerto
el pantano sin acordes.

Los camaradas no dijeron
que había una guerra
y era necesario
traer fuego y alimento.
Me siento disperso,
anterior a fronteras,
humildemente os pido
que me perdonéis.

Cuando los cuerpos pasen,
yo quedaré solo desliando el recuerdo
del campanero, de la viuda
y del microscopista
que habitaban la barraca
y no fueron encontrados
al amanecer
ese amanecer
más noche que la noche

Confidencia del itabirano

Algunos años viví en Itabira.
Principalmente nació en Itabira.
Por eso soy triste, orgulloso: de hierro.
Noventa por ciento de hierro en las calzadas.
Ochenta por ciento de hierro en las almas.
Y ese enajenarse de lo que en la vida
es porosidad y comunicación.

La gana de amar, que me paraliza el trabajo,
viene de Itabira, de sus noches blancas,
sin mujeres y sin horizontes.
Y el hábito de sufrir, que tanto me divierte,
es dulce herencia itabirana.

De Itabira traje prendas diversas que ahora te ofrezco:
este San Benito del viejo santero Alfredo Duval;
esta piedra de hierro, futuro acero del Brasil;
este cuero de anta, extendido en el sofá de la sala de visitas;
este orgullo,
esta cabeza baja...

Tuve oro, tuve ganado, tuve haciendas.
Hoy soy funcionario público.
Itabira es apenas una fotografía en la pared.
¡Pero cómo duele!

El obrero en el mar

Por la calle pasa un obrero. ¡Qué firme va! No tiene blusa. En el cuento, en el drama, en el discurso político, el dolor del obrero está en su blusa azul, de paño grueso, en las manos gruesas, en los pies enormes, en los desconsuelos enormes. Este es un hombre común, apenas más oscuro que los otros, y con una significación extraña en el cuerpo, que carga designios y secretos. ¿Hacia dónde va, pisando así tan firme? No sé. La fábrica quedó allá atrás. Adelante está sólo el campo, con algunos árboles, el gran anuncio de nafta norteamericana y los cables, los cables, los cables. Al obrero no le sobra tiempo para percibir que ellos llevan y traen mensajes, que cuentan de Rusia, del Araguaia, de los Estados Unidos. No oye, en la Cámara de Diputados, al líder opositor que vocifera. Camina en el campo y apenas repara que allí corre agua, que más adelante hace calor. ¿Hacia dónde va el obrero? Tendría vergüenza de llamarlo mi hermano. Él sabe que no es, nunca fue mi hermano, que no nos entenderemos nunca. Y me desprecia... O tal vez sea yo mismo el que me desprecie ante sus ojos. Tengo vergüenza y gana de encararlo: una fascinación casi me obliga a saltar por la ventana, a caer frente a él, detenerle la marcha, al menos implorarle que detenga la marcha. Ahora está caminando en el mar. Yo pensaba que eso fuese privilegio de algunos santos y de navíos. Pero no hay ninguna santidad en el obrero, y no veo ruedas ni hélices en su cuerpo, aparentemente banal. Siento que el mar se acobardó y lo dejó pasar. ¿Dónde están nuestros ejércitos que no impidieron el milagro? Pero ahora veo que el obrero está cansado y que se mojó, no mucho, pero se mojó, y peces escurren de sus manos. Veo que se vuelve y me dirige una sonrisa húmeda. La palidez y confusión de su rostro son la propia tarde que se descompone. De aquí a un minuto será

noche y estaremos irremediabilmente separados por las circunstancias atmosféricas, yo en tierra firme, él en medio del mar. Único y precario agente de ligazón entre nosotros, su sonrisa cada vez más fría atraviesa las grandes masas líquidas, choca contra las formaciones salinas, las fortalezas de la costa, las medusas, atraviesa todo y viene a besarme el rostro, a traerme una esperanza de comprensión. Sí, ¿quién sabe si un día no lo comprenderé?

Congreso internacional del miedo

Provisoriamente no cantaremos al amor,
que se refugió más abajo de los subterráneos.

Cantaremos al miedo, que esteriliza los abrazos,
no cantaremos al odio porque este no existe,
existe apenas el miedo, nuestro padre y nuestro compañero,
el miedo grande de los sertones, de los mares, de los desiertos,
el miedo de los soldados,
el miedo de las madres,
el miedo de las iglesias,
cantaremos al miedo de los dictadores,
al miedo de los demócratas,
cantaremos al miedo a la muerte
y al miedo de después de la muerte,
después moriremos de miedo
y sobre nuestras tumbas nacerán
flores amarillas y medrosas.

Los hombros soportan el mundo

Llega un tiempo en que no se dice más: Dios mío.
Tiempo de absoluta depuración.
Tiempo en que no se dice más: mi amor.
Porque el amor resultó inútil.
Y los ojos no lloran.
Y las manos tejen apenas el rudo trabajo.
Y el corazón está seco.

En vano mujeres llaman a tu puerta, no abrirás.
Quedaste solo, la luz se apagó,
pero en la sombra tus ojos resplandecen enormes.
Eres todo certeza, ya no sabes sufrir.
Y nada esperas de tus amigos.

Poco importa que venga la vejez, ¿qué es la vejez?
Tus hombros soportan el mundo
y él no pesa más que la mano de una criatura.
Las guerras, las hambres,
las discusiones dentro de los edificios
prueban apenas que la vida prosigue
y que no todos se liberaron aún.

Algunos, hallando bárbaro el espectáculo,
preferirían (los delicados) morir.
Llegó un tiempo en que nada se gana con morir.
Llegó un tiempo en que la vida es una orden.
La vida apenas, sin mistificación.

Manos juntas

No seré el poeta de un mundo caduco.
Tampoco cantaré al mundo futuro.
Estoy prendido a la vida y miro a mis compañeros.
Están taciturnos pero nutren grandes esperanzas.
Entre ellos, considero la enorme realidad.
El presente es tan grande, no nos apartemos.
No nos apartemos mucho, vamos de manos juntas.

No seré el cantor de una mujer, de una historia,
no diré los suspiros al anochecer, el paisaje visto desde la
ventana,
no distribuiré estupefacientes o cartas de suicida,
no huiré hacia las islas ni seré raptado por serafines.
El tiempo es mi materia, el tiempo presente, los hombres
presentes,
la vida presente.

Recuerdo del mundo antiguo

Clara paseaba en el jardín con las criaturas.
El cielo era verde sobre el pasto,
el agua era dorada bajo los puentes,
otros elementos eran azules, rosas, anaranjados,
el guardia civil sonreía, pasaban bicicletas,
la niña pisó el césped para atrapar un pájaro,
el mundo entero, Alemania, China, todo era tranquilo
alrededor de Clara.

Las criaturas miraban al cielo: no estaba prohibido.
La boca, la nariz, los ojos estaban abiertos. No había peligro.
Los peligros que Clara temía eran la gripe,
el calor, los insectos.
Clara tenía miedo de perder el tranvía de las 11,
esperaba cartas que tardaban en llegar,
no siempre podía usar vestidos nuevos.
iiiPero paseaba en el jardín, por la mañana!!!
iiiHabía jardines, había mañanas en aquel tiempo!!!

Elegía 1938

Trabajas sin alegría para un mundo caduco
donde las formas y las acciones no encierran ningún ejemplo.
Practicas laboriosamente los gestos universales,
sientes calor y frío, falta de dinero, hambre y deseo sexual.
Héroes llenan los parques de la ciudad en que te arrastras,
y preconizan la virtud, la renuncia, la sangre fría,
la concepción.

De noche, si hay neblina, abren paraguas de bronce
o se recogen en los volúmenes de siniestras bibliotecas.
Amas la noche por el poder de aniquilamiento que encierra
y sabes que, durmiendo, los problemas te dispensan de morir.
Pero el terrible despertar prueba la existencia
de la Gran Máquina
y vuelve a ponerte, pequeñito,
frente a indescifrables palmeras.

Caminas entre muertos y con ellos conversas
sobre cosas del tiempo futuro y negocios del espíritu.
La literatura arruinó tus mejores horas de amor.
Al teléfono perdiste mucho, muchísimo tiempo de sembrar.

Corazón orgulloso, tienes prisa en confesar tu derrota
y postergar para otro siglo la felicidad colectiva.
Aceptas la lluvia, la guerra, el desempleo
y la injusta distribución
porque no puedes, solo,
dinamitar la isla de Manhattan.

Mundo grande

No, mi corazón no es mayor que el mundo.
Es mucho menor.
En él no caben ni mis dolores.
Por eso me gusta contarme.
Por eso me desnudo,
por eso me grito,
por eso frecuento los periódicos,
me expongo crudamente en las librerías:
necesito de todos.

Sí, mi corazón es muy pequeño.
Sólo ahora veo que en él no caben los hombres.
Los hombres están aquí afuera, están en la calle.
La calle es enorme. Mayor, mucho mayor de lo que esperaba.
Pero tampoco en la calle
cabén todos los hombres.
La calle es menor que el mundo.
El mundo es grande.

Tú sabes qué grande es el mundo.
Conoces los navíos que llevan petróleo
y libros, carne y algodón.
Viste los diferentes colores de los hombres,
los diferentes dolores de los hombres,
sabes qué difícil es sufrir todo eso,
amontonar todo eso
en un solo pecho de hombre...
sin que estalle.

Cierra los ojos y olvida.
Escucha el agua en los vidrios,

tan calma. No anuncia nada.
Mientras se escurre en las manos,
tan calma! lo va inundando todo...
¿Renacerán las ciudades sumergidas?
Los hombres sumergidos — ¿volverán?

Mi corazón no sabe.
Estúpido, ridículo y frágil es mi corazón.
Sólo ahora descubro
qué triste es ignorar ciertas cosas.
(En la soledad del individuo
olvidé el lenguaje
con que los hombres se comunican.)

Antaño escuché a los ángeles,
las sonatas, los poemas, las confesiones patéticas.
Nunca escuché voces de gente.
En verdad soy muy pobre.

Antaño viajé
por países imaginarios, fáciles de habitar,
islas sin problemas, no obstante agotadoras
y convocando al suicidio.
Mis amigos partieron a las islas.
Las islas pierden al hombre.
Entretanto algunos se salvaron y
trajeron la noticia
de que el mundo, el mundo grande
está creciendo todos los días,
entre el fuego y el amor.

Entonces, mi corazón también puede crecer.
Entre el amor y el fuego,
entre la vida y el fuego,
mi corazón crece diez metros y estalla.
— ¡Oh vida futura! nosotros te crearemos.

Tristeza en el cielo

En el cielo también hay una hora melancólica.
Hora difícil, en que la duda también penetra las almas.
¿Por qué hice el mundo?

Dios se pregunta
y se responde: No sé.

Los ángeles lo miran con reprobación,
y caen plumas.

Todas las hipótesis:
la gracia,
la eternidad,
el amor,
caen plumas.

Otra pluma, el cielo se deshace.
Tan manso, ningún fragor denuncia
el momento entre todo y nada,
o sea, la tristeza de Dios.

Los rostros inmóviles

A Otto Maria Carpeaux

Padre muerto, enamorada muerta.
Tía muerta, hermano nacido muerto.
Primos muertos, amigo muerto.
Abuelo muerto, madre muerta
(manos blancas,
retrato siempre inclinado en la pared,
mota de polvo en los ojos).

Conocidos muertos, profesora muerta.
Enemigo muerto.

Novia muerta, amigas muertas.
Jefe de tren muerto, pasajero muerto.
Irreconocible cuerpo muerto: ¿será hombre? ¿animal?
Perro muerto, pajarito muerto.
Rosal muerto, naranjos muertos.
Aire muerto, ensenada muerta.
Esperanza, paciencia, ojos, sueño, mover de mano: muertos.

Hombre muerto. Luces encendidas.
Trabaja de noche, como si estuviera vivo.
¡Buen día! Está más fuerte (como si estuviera vivo).

Muerto sin noticia, muerto secreto.
Sabe imitar el hambre, y cómo finge amor.

Y cómo insiste en andar, y qué bien anda.
Podía cortar casas, entra por la puerta.

Su mano pálida dice adiós a Rusia.
El tiempo entra en él y sale sin cuenta.

Los muertos pasan rápidos, no se puede tocarlos.
Apenas uno se despide, otro llama tu atención.
Desperté y vi la ciudad:
eran muertos mecánicos,
eran casas de muertos,
olas desfallecidas,
pecho exhausto oliendo a lirios,
pies amarrados.
Dormí y fui a la ciudad:
todo se quemaba,
estallar de bambúes,
boca seca, después crispada.
Soñé y vuelvo a la ciudad.
Ya no era la ciudad.
Estaban todos muertos, el corregidor general verificaba
etiquetas en
los cadáveres.
El propio corregidor había muerto hace años, pero su mano
continuaba implacable.
El mal olor zumbaba en todo.

Desde esta balaustrada sin parapeto contemplo los dos
crepúsculos.
Contemplo mi vida huyendo a paso de lobo, quiero detenerla,
¿seré
mordido?
Miro mis pies, cómo crecieron, moscas circulan entre ellos.
Miro todo y hago la cuenta, nada sobró, estoy pobre, pobre,
pobre,
pero no puedo entrar en la rueda,
no puedo quedarme solo,

a todos besaré en la testa,
flores húmedas esparciré,
después... no hay después ni antes.
Frío hay por todas partes,
y un frío central, más blanco aún.

Más frío aún...
Una blancura que paga bien nuestras antiguas cóleras y
amarguras...
Sentirme tan claro entre vosotros,
besaros y ningún polvo en boca o rostro.
Paz de árboles delicados,
de montes fragilísimos allá abajo,
de orillas tímidas, de gestos que
ya no pueden irritar,
dulce paz sin ojos, en lo oscuro, en el aire.
Dulce paz en mí,
en mi familia que vino de brumas sin corte de sol
y por vías subterráneas regresa a sus islas,
en mi calle, en mi tiempo —al final— conciliado,
en mi ciudad natal, en mi cuarto alquilado,
en mi vida, en la vida de todos,
en la suave y profunda muerte de mí y de todos.

La mano sucia

Mi mano está sucia.
Tengo que cortarla.
No sirve lavarla.
Podrida está el agua.
Ni enjabonarse.
El jabón es ruin.
La mano está sucia,
sucia hace mucho.

Oculto al principio
dentro del bolsillo
¿quién iba a saberlo?
La gente llamaba
apuntando un gesto.
Yo seguía, duro.
La mano escondida esparcía
en el cuerpo su oscuro rastro.
Y vi que era igual
usarla o guardarla.
El asco era el mismo.

Ay, por cuántas noches
al fondo de casa
lavé esa mano, pulí y cepillé.
Cristal o diamante,
por mayor contraste,
quisiera volverla,
o si no, por fin,
simple mano blanca,
mano limpia de hombre,
que puede tocarse,

llevarse a la boca a unir
con la nuestra en esos
momentos que dos se
confiesan sin decir palabra...
La mano incurable
abre dedos sucios.

Y era un sucio vil, no sucio de tierra,
sucio de carbón, costra de herida,
sudor en camisa de quien trabajó.
Era un triste sucio hecho de dolencia
y mortal disgusto en la piel hastiada.

No era sucio negro
—lo negro tan puro
sobre cosa blanca.
Era sucio pardo,
pardo, tardo, cardo.

Retener no sirve a esa mano
innoble posada en la mesa.
¡Córtenla, de prisa,
háganla pedazos
y arrójenla al mar!

Con tiempo, esperanza
y sus maquinismos,
vendrá otra mano
pura —transparente—
a unirse a mi brazo.

Consideración del poema

No rimaré la palabra sueño
con la inconveniente palabra empeño.
La rimaré con la palabra carne
o con cualquier otra, que todas me convienen.
Las palabras no nacen amarradas,
saltan, se besan, se disuelven,
en el cielo libre apenas un dibujo,
son auténticas, amplias, puras, insuperables.

Una piedra en medio del camino
o apenas una huella, no importa.
Estos poetas son míos.
Con todo orgullo, con toda precisión
se incorporaron a mi fatal lado izquierdo.
Robo a Vinicius su más límpida elegía.
Bebo en Murilo.
Que Neruda me dé su corbata llameante.
Me pierdo en Apollinaire. Adiós, Maiakovski.
Todos son mis hermanos, no son periódicos
ni deslizar de lancha entre camelias:
es toda mi vida que aposté.

Estos poemas son míos. Es mi tierra
y es aún más que ella. Es cualquier hombre
al mediodía en cualquier plaza. Es la lámpara
en cualquier pensión, si todavía las hay.
—¿Hay muertos? ¿hay mercados? ¿hay dolencias?
Es todo mío. Ser explosivo, sin fronteras,
¿por qué falsa mezquindad me rasgaría?
Que se depositen los besos en la faz blanca,
en las nacientes arrugas.

El beso es todavía una señal, aunque perdida,
de la ausencia de comercio,
boyando en tiempos sucios.

Poeta de lo finito y de la materia,
cantor sin piedad, sí, sin frágiles lágrimas,
boca tan seca, pero ardor tan casto.
Dar todo por la presencia de los lejanos,
sentir que hay ecos, pocos, pero cristal,
no roca apenas, peces circulando
bajo el navío que lleva este mensaje,
y aves de pico largo confirmando
su derrota, y dos o tres faroles,
¡últimos! esperanza del mar negro.
Ese viaje es mortal, y comenzarlo.
Saber que hay todo. Y moverse en medio
de millones y millones de formas raras,
secretas, duras. Ése es mi canto.

Es tan bajo que ni siquiera lo escucha
el oído a ras del suelo. Pero es tan alto
que las piedras lo absorben. Está en la mesa
abierta en libros, cartas y remedios.
Se infiltró en la pared. El tranvía, la calle,
el uniforme del colegio se transforman,
son olas de cariño que te envuelven.

¿Cómo huir al mínimo objeto
o recusarse al grande? Los temas pasan,
yo sé que pasarán, mas tú resistes
y creces como fuego, como casa,

como rocío en los dedos,
en la hierba, que reposan.

Ahora ya te sigo a todas partes,
y te deseo y te pierdo, estoy completo,
me destino, me hago tan sublime,
tan natural y lleno de secretos,
tan firme, tan fiel... Como una lámina,
el pueblo, poema mío, te atraviesa.

Búsqueda de la poesía

No hagas versos sobre acontecimientos.
No hay creación ni muerte frente a la poesía.
Ante ella, la vida es un sol estático,
no calienta ni ilumina.
Las afinidades, los aniversarios,
los accidentes personales no
/cuentan.

No hagas poesía con el cuerpo,
ese excelente, completo y confortable cuerpo,
tan indefenso a la
/efusión lírica.

Tu gota de bilis, tu careta de gozo
o de dolor en la oscuridad son indiferentes.
Ni me reveles tus sentimientos,
que prevalecen sobre el equívoco e intentan el largo viaje.
Lo que piensas y sientes, eso todavía no es poesía.

No cantes a tu ciudad, déjala en paz.
El canto no es el movimiento de las máquinas
ni el secreto de las
/casas.

No es música oída al pasar;
rumor del mar en las calles junto a la
/línea de espuma.

El canto no es la naturaleza
ni los hombres en sociedad.
Para él, lluvia y noche,
fatiga y esperanza nada significan.

La poesía (no saques poesía de las cosas)
elude sujeto y objeto.

No dramatices, no invoques.
no indagues. No pierdas tiempo en mentir.
No te aborrezcas.
Tu yate de marfil, tu zapato de diamante,
vuestras mazurcas e ilusiones, vuestros esqueletos de familia
desaparecen en la curva del tiempo, son algo inservible.

No recompongas
tu sepultada y melancólica infancia.
No osciles entre el espejo y la
memoria en disipación.
Si se disipó, no era poesía.
Si se quebró, cristal no era.

Penetra sordamente en el reino de las palabras.
Allí están los poemas que esperan ser escritos.
Están paralizados, pero no hay desesperación,
hay calma y frescura en la superficie intacta.
Están allí solos y mudos, en estado de diccionario.
Convive con tus poemas, antes de escribirlos.
Ten paciencia, si son oscuros. Calma, si te provocan.
Espera que cada uno se realice y consume
con su poder de palabra y su poder de silencio.
No fuerces al poema a desprenderse del limbo.
No recojas del suelo el poema que se perdió.
No adules al poema. Acéptalo
como él aceptará su forma definitiva
y concentrada en el espacio.

Acércate y contempla las palabras.
Cada una
tiene mil rostros secretos bajo el rostro neutro
y te pregunta, sin interés por la respuesta,
pobre o terrible, que le dieras:
¿Trajiste la llave?

Fíjate:
huérfanas de melodía y de concepto,
ellas se refugiaron en la noche, las palabras.
Todavía húmedas e impregnadas de sueño,
ruedan en un río difícil
y se transforman en desprecio.

Nuestro tiempo

A Oswaldo Alves

I

Este es tiempo de partido, tiempo de hombres partidos.

En vano recorreremos volúmenes,
viajamos y nos coloreamos.
La hora presentida se desmenuza en polvo por la calle.

Los hombres piden carne. Fuego. Zapatos.
Las leyes no bastan. Los lirios no nacen de la ley.
Mi nombre es tumulto, y se escribe en la piedra.

Visito los hechos, no te encuentro.
¿Dónde te ocultas, precaria síntesis,
prenda de mi sueño,
luz durmiendo encendida en la balaustrada?
Menudas certezas de préstamo, ningún beso
sube al hombro para contarme
la ciudad de los hombres completos.

Me callo, espero, descifro.
Las cosas tal vez mejoren.
¡Son tan fuertes las cosas!

Pero yo no soy las cosas y me rebelo.
Tengo palabras en mí buscando canal,
son roncadas y duras, irritadas, enérgicas,
comprimidas hace tiempo,
perdieron el sentido,
apenas quieren estallar.

II

Este es tiempo de divisas,
tiempo de gente cortada.
De manos viajando sin brazos,
obscenos gestos sueltos.

Cambió la calle de la infancia.
Y el vestido rojo
cubre la desnudez del amor,
al relente, no sirve.

Símbolos oscuros se multiplican.
¿Guerra, verdad, flores?
De los laboratorios platónicos movilizados
viene un soplo que limpia los rostros
y disipa, en la playa, las palabras.

La oscuridad se extiende pero no elimina
el sucedáneo de la estrella en las manos.
¡Ciertas partes de nosotros cómo brillan! Son uñas,
anillos, perlas, cigarros, linternas,
son partes más íntimas,
la pulsación, el jadeo,
y el aire de la noche es el estrictamente necesario
para continuar, y continuamos.

III

Y continuamos. Es tiempo de muletas.
Tiempo de muertos habladores
y viejas paralíticas, nostálgicas de bailongo,
pero todavía es tiempo de vivir y contar.
Ciertas historias no se perdieron.
Conozco bien esta casa,
por la derecha se entra,
por la izquierda se sube,
la sala grande conduce a cuartos terribles,
como el del entierro que fue hecho,
del cuerpo olvidado en la mesa,
conduce a la copa de frutas ácidas,
al claro jardín central,
al agua que gotea y segrega
el incesto, la bendición, la partida,
conduce a las celdas cerradas,
¿qué contienen?
¿papeles?
¿crímenes?
¿monedas?

Oh cuenta, vieja negra, oh periodista,
poeta, pequeño historiador urbano,
oh sordomudo, depositario de mis desfallecimientos,
ábrete y cuenta, muchacha prendida en la memoria,
viejo alejado, cucaracha de los archivos,
puertas chirriantes, soledad y asco,
personas y cosas enigmáticas, contad,
capa de polvo de los pianos desmantelados, contad;
viejos sellos del emperador,
vajillas de porcelana partidas, contad;

huesos en la calle,
fragmentos de diario,
cierres en el piso de la costurera,
luto en el brazo, palomas,
perros errantes, animales cazados, contad.

Todo es tan difícil desde que os callasteis...
Y muchos de vosotros nunca se abrieron.

IV

Es tiempo de medio silencio,
de boca helada y murmullo,
palabra indirecta, aviso
en la esquina.
Tiempo de cinco sentidos en uno solo.
El espía cena con nosotros.

Es tiempo de cortinas pardas,
de cielo neutro, política
en la manzana, en el santo, en el gozo,
amor y desamor, cólera
blanca, gin con agua tónica,
ojos pintados,
dientes de vidrio,
grotesca lengua torcida.
A eso llamamos: equilibrio.

En el callejón,
apenas una pared,
sobre ella la policía.
En el cielo de la propaganda
aves anuncian la gloria.
En el cuarto,
irrisión y tres cuellos sucios.

V

Escucha la hora formidable del almuerzo en la ciudad.
Las oficinas, en un instante, se vacían.
Las bocas chupan un río de carne,
legumbres y tortas vitamínicas.
¡Salta aprisa del mar la bandeja de peces argénteos!
Los subterráneos del hambre lloran caldo de sopa,
ojos líquidos de perro a través del vidrio devoran tu hueso.
Come, brazo mecánico, aliméntate,
mano de papel, es tiempo de comida,
más tarde será el de amor.
Lentamente las oficinas se recuperan,
y los negocios, forma indecisa, evolucionan.
El espléndido negocio se insinúa en el tráfico.
Multitudes que lo cruzan no ven. No tiene color ni olor.
Está disimulado en el tranvía, por detrás de la brisa del sur,
viene en la arena, en el teléfono, en la batalla aérea,
toma cuenta de tu alma y extrae de ella un porcentaje.
Escucha la hora deshecha del regreso.
Hombre tras hombre, mujer, criatura, hombre,
ropa, cigarro, sombrero, ropa, ropa, ropa,
hombre, hombre, mujer, hombre, mujer, ropa, hombre,
imaginan esperar cualquier cosa,
y se quedan mudos, chorrean paso a paso, se sientan,
últimos siervos del negocio, imaginan volver a casa,
ya de noche, entre paredes apagadas,
en una supuesta ciudad, imaginan.
Escucha la pequeña hora nocturna
de compensación, lecturas,
llamado al casino, paseo en la playa,
el cuerpo al lado del cuerpo,
finalmente distendido,

con los pantalones despedido el incómodo
pensamiento de esclavo,
escucha al cuerpo chirriar, enlazar, refluir,
errar en objetos remotos,
y bajo ellos enterrado sin dolor,
confiarse a lo que bien me importa
del sueño.

Escucha el horrible empleo del día
en todos los países de habla humana,
la falsificación de las palabras goteando
en los periódicos, el mundo irreal de los registros civiles
donde la propiedad es una torta con flores,
los bancos triturando suavemente el pescuezo del azúcar,
la constelación de las hormigas y usureros,
la mala poesía, la mala novela,
los frágiles que se entregan a la protección del basilisco,
el hombre feo, de fealdad mortal,
paseando en bote
en un siniestro crepúsculo de sábado.

VI

En los sótanos de la familia,
orquídeas y opciones
de compra y desquite.
La gravidez eléctrica
ya no trae languideces.
Criaturas alérgicas
se cambian; se reforman.

Hay una implacable
guerra a las cucarachas.
Se cuentan historias
por correspondencia.

La mesa reúne
una copa, un cuchillo,
y la cama devora
tu soledad.
Se salva la honra
y la herencia del ganado.

VII

○ no se salva, y es lo mismo.
Hay soluciones, hay bálsamos
para cada hora y dolor.
Hay fuertes bálsamos, dolores de clase,
de sangrienta furia y plácido rostro.
Y hay mínimos bálsamos,
sofocados dolores innobles,
lesiones que ningún gobierno autoriza,
no obstante duelen,
melancolías insobornables,
ira, reprobación, disgusto
de ese sombrero viejo, de la calle embarrada, del Estado.
Está el llanto en el teatro,
¿en el palco?, ¿en el público?, ¿en las butacas?
está sobre todo el llanto en el teatro,
ya tarde, ya confuso,
él oscurece las luces, se engolfa en el linóleo,
va a minar los depósitos,
en los callejones coloniales donde pasean
ratas nocturnas,
va a mojar, en la plantación madura, el maíz ondulante,
y a secar al sol, en pozo amargo.
Y dentro del llanto mi rostro irónico,
mi ojo que ríe y desprecia,
mi repugnancia total por vuestro lirismo deteriorado,
que profana la esencia misma de los diamantes.

VIII

El poeta
declina toda responsabilidad
en la marcha del mundo capitalista
y con sus palabras, intuiciones, símbolos y otras armas
promete ayudar
a destruirlo
como una pedrera, una selva,
un gusano.

Pasaje del año

El último día del año
no es el último día del tiempo.
Otros días vendrán
y nuevos muslos
y vientres te comunicarán el calor de la vida.
Besarás bocas, rasgarás papeles,
harás viajes y tantas celebraciones de aniversario,
graduación, promoción, gloria, dulce muerte con
/sinfonía y coral,
que el tiempo quedará repleto
y no oirás el clamor,
los irreparables aullidos
del lobo, en la soledad.

El último día del tiempo
no es el último día de todo.
Queda siempre una franja de vida
donde se sientan dos hombres.
Un hombre y su contrario,
una mujer y su pie,
un cuerpo y su memoria,
un ojo y su brillo,
una voz y su eco,
y quien sabe si hasta Dios...

Recibe con simplicidad este presente del acaso.
Mereciste vivir un año más.
Desearías vivir siempre y agotar la borra de los siglos.
Tu padre murió, tu abuelo también.
En ti mismo mucha cosa ya expiró,
otras acechan la muerte, pero estás vivo.

Una vez más estás vivo,
y con la copa en la mano
esperas amanecer.

El recurso de embriagarse.
El recurso de la danza y del grito,
el recurso de la pelota de colores,
el recurso de Kant y de la poesía,
todos ellos... y ninguno resuelve nada.

Surge la mañana de un nuevo año.

Las cosas están limpias, ordenadas.
El cuerpo gastado se renueva en espuma.
Todos los sentidos alerta funcionan.
La boca está comiendo vida.
La boca está atascada de vida.
La vida escurre de la boca,
mancha las manos, la calzada.
La vida es gorda, oleosa, mortal, subrepticia.

Consuelo en la playa

Vamos, no llores...
La infancia está perdida.
La juventud está perdida.
Pero la vida no se perdió.

El primer amor pasó.
El segundo amor pasó.
El tercer amor pasó.
Pero el corazón continúa.

Perdiste al mejor amigo.
No intentaste ningún viaje.
No posees casa, navío, tierra.
Pero tienes un perro.

Algunas palabras duras,
en voz mansa, te golpearon.
Nunca, nunca cicatrizan.
Pero, ¿y el *humour*?

La injusticia no se resuelve.
A la sombra del mundo errado
murmuraste una protesta tímida.
Pero otros vendrán.

Todo sumado, debías
precipitarte, para siempre, en las aguas.
Estás desnudo en la arena, en el viento...
Duerme, hijo mío.

Como un presente

Tu cumpleaños, en la sombra,
no se conmemora.

Excúsate por llevar esta corbata.
Ya no tienes ropa, ni la necesitas.
En un mantel en el espacio está el almuerzo,
pero tu almuerzo es el silencio, tu hambre no come.

Ya no te pido la mano arrugada
para besarle las gruesas venas.
Ni busco en los ojos estriados
aquella pregunta: ¿está llegando?

En verdad dejaste de cumplir años.
No envejeces. El último retrato
vale para siempre. Es un hombre cansado
pero fiel: cédula de identidad.

Tu inmovilidad es perfecta. A pesar de la lluvia,
lo incómodo de este suelo. Pero siempre amaste
lo duro, el relente, la carencia. El frío se siente
en mí, que te visito. En ti, la calma.

¿Cómo compraste calma? No la tenías.
¿Cómo aceptaste la noche? Madrugabas.
Tu caballo corta el aire, guardo una espuela
de tu bota, un grito de tus labios,
siento en mí tu cuerpo lleno, tu cuchillo,
tu apuro, tu estruendo...
encadenados.

Pero no descubro tu secreto.
No está en los papeles del cofre.
Ni en las casas que habitaste.
En el caserón azul
veo la hilera de cuartos sin llave,
oigo tu paso nocturno, tu carraspeo,
y siento los bueyes
y siento las tropas que llevabas por la Selva
y siento las elecciones (tu desprecio) y siento la Cámara
y pasos en la escalera, que suben,
y soldados que suben, rojos,
y armas que tal vez van a matarte,
pero que no se atreven.

Veo, en el río, una canoa,
y tres hombres en ella.
«Aunque está mal preguntar,
¿el Coronel sabe nadar?
Porque esta canoa, alabado sea Dios, puede volcarse,
y su creación nunca más que el señor ha de encontrarla.»
Tu mano saca del bolsillo una cosa.
Tu voz va al frente.
«Coronel, discúlpeme, ¿no se puede bromear?»

Te veo más lejos. Quedaste pequeño.
Imposible reconocer tu rostro, pero sé que eres tú.
Viene de la niebla, de las memorias, de los baúles repletos,
de la monarquía, de la esclavitud, de la tiranía familiar.
Eres bien frágil y la escuela te traga.
Haría de ti tal vez un farmacéutico quejoso,
un doctor confuso.

Para comenzar: ¡una docena de tortas!
¿Quién dijo?
Entraste por la puerta, saliste por la ventana
—¿supo, señor maestro? — quien quiera que cuente otra,
pero tú ganabas el mundo
y en él aprenderías tu sucinta gramática,
la mano del mundo tocaría tu mano
y diseñaría tu letra firme,
el libro del mundo te entraría por los ojos
y te imprimiría su completa
y clara ciencia,
pero no descubro tu secreto.

Tal vez es un error que amemos así a nuestros padres.
La identidad de sangre actúa como cadena,
sería mejor romperla. Buscar mis padres en el Asia,
donde el pan sea otro y no haya bienes de familia a preservar.
¿Por qué permanecer en este municipio, en este apellido?
Taras, dolencias, deudas: mal se respira en el sótano.
Quisiera hacer un agujero, atravesar el túnel, dejar mi tierra,
paseando por debajo
de sus problemas y plantaciones,
de la eterna agencia de correo,
e inaugurar nuevos antepasados en una nueva ciudad.
Quisiera abandonarte, negarte, huirte,
pero es curioso:
ya no estás, y te siento,
no me hablas, y te converso.
Y tanto nos entendemos, en la sombra,
en el polvo, en el sueño.

Y pregunto tu secreto.
No respondes. No lo tenías.
¿Realmente no lo tenías, me engañabas?
Entonces aquel maravilloso poder de abrir
botellas sin sacacorchos,
de desatar nudos, atravesar ríos a caballo,
asistir, sin llorar, a la muerte del hijo,
expulsar apariciones apenas con tu paso duro,
el ganado que desaparecía y regresaba,
aunque la peste barriese las haciendas,
el dominio total sobre hermanos, tíos,
primos, camaradas, cajeros,
fiscales de gobierno, beatas, padres, médicos, mendigos,
locos mansos, locos agitados, animales, cosas:
¿entonces no era secreto?

Y tú que me dices tanto
de eso no me cuentas nada.

Perdona la larga charla.
¡Tan pocas palabras, antes!
Es cierto que intimidabas.

Guardabas tal vez el amor
en triple cerca de espinos.

Ya no precisas guardarlo.
En la oscuridad en que cumples años,
en la sombra,
está permitido sonreír.

Canto al hombre del pueblo Charlie Chaplin

I

Era preciso que un poeta brasileño,
no de los mayores,
sino de los más expuestos a la holganza,
girando un poco en tu atmósfera
o en ella aspirando a vivir como en la poética
y esencial atmósfera de los sueños lúcidos,
era preciso que ese pequeño cantor obstinado,
de ritmos elementales,
venido del pueblito del interior
donde no siempre se usa corbata
pero todos son extremadamente corteses
y la opresión es detestada,
si bien que el heroísmo se bañe en ironía,
era preciso que un antiguo muchacho de veinte años,
prendido a tu pantomima por filamentos
de ternura y risa, dispersos en el tiempo,
viniese a recomponerlos y,
hombre maduro, te visitase
para decirte algunas cosas,
bajo forma de poema.

Para decirte cómo te aman los brasileños
y que en eso, como en todo lo demás,
nuestra gente se parece a toda la gente del mundo
– inclusive a los pequeños judíos de bastoncito
y galera, zapatos largos, ojos melancólicos,
vagabundos que el mundo rechazó,
pero zumban y viven
en los filmes, en las calles torcidas con letreros:

Fábrica, Peluquero, Policía,
y vencen el hambre, eluden la brutalidad,
prolongan el amor como un secreto dicho
al oído de un hombre del pueblo
caído en la calle.

Bien sé que el discurso, arrullo burgués, no te envanece,
y acostumbrabas dormir mientras los vehementes
inauguran la estatua,
y entre tantas palabras que como autos recorren las calles,
sólo las más humildes, de insulto o beso, te penetran.

No es la felicitación de los devotos
ni la de los partidarios la que te ofrezco,
ellos no existen, sino la de los hombres comunes,
en una ciudad común,
ni hago mucha cuestión de la materia de mi canto
en torno a ti como un ramo de flores
despachado por vía postal
al inventor de los jardines.

Hablan por mí los que estaban sucios de tristeza
y feroz disgusto de todo,
que entraron al cine con la aflicción de ratones
huyendo de la vida,
son dos horas de anestesia, oigamos un poco de música,
visitemos en lo oscuro a las imágenes
– y te descubrieron y se salvaron.

Hablan por mí los abandonados por la justicia,
los simples de corazón,

los parias, los fallidos, los mutilados,
los deficientes, los recalcados, los oprimidos,
los solitarios, los indecisos, los líricos,
los pensativos, los irresponsables, los pueriles,
los cariñosos, los locos y los patéticos.

Y hablan las flores que tanto amas cuando son pisadas,
hablan los cabos de vela, que comes en la extrema penuria,
hablan la mesa, los botones, los instrumentos del oficio
y las mil cosas aparentemente encerradas,
cada trozo, cada objeto del sótano,
cuanto más oscuros más hablan.

II

La noche baña tu ropa.
Mal la disfrazas en el chaleco abigarrado,
en la helada pechera de baile
de un imposible baile sin orquídeas.

Estás condenado a lo negro.
Tus pantalones se confunden con la sombra.
Tus zapatos hinchados,
en lo oscuro del callejón, son hongos nocturnos.
La galera, sol negro, cubre todo esto, sin rayos.
Así, nocturno ciudadano
de una república enlutada,
surges a nuestros ojos pesimistas,
que te inspeccionan y meditan:
Eres el tenebroso, el viudo, el desdichado,
el cuervo, el nunca más,
el llegado muy tarde a un mundo muy viejo.

Y la luna se posa en tu rostro.
Blanco, de muerte blanqueado,
que sepulcros evoca más que astas
submarinas y álgidas y espejos
y lirios que el tirano mutiló,
y caras amortajadas en harina.
El bigote negro crece en ti como un aviso
y luego se interrumpe.
Es negro, corto, espeso.
El rostro blanco, de lunar materia,
cara cortada en lienzo, dibujo en la pared,
cuaderno de infancia, apenas imagen,
mientras que los ojos son profundos

y la boca viene de lejos,
sola, experta, callada viene la boca
a sonreír, aurora, para todos.

Y ya no sentimos la noche,
y la muerte nos evita, y disminuimos
como si al contacto de tu bastón mágico
volviésemos al país secreto
donde duermen niños.
Ya no es el escritorio de mil fichas,
ni el garage, la universidad, la alarma,
es realmente la calle abolida, tiendas repletas,
y vamos contigo a reventar vidrieras,
y vamos a hacer caer al policía,
y en la persona humana vamos a redescubrir
ese lugar — ¡cuidado! — que atrae los puntapiés,
sentencias de una justicia no oficial.

III

Lleno de sugerencias alimenticias, matas el hambre
de los que no fueron llamados a la cena celeste
o industrial. Hay huesos, hay budines
de gelatina y cereza y chocolate y nubes
en los pliegues de tu levita. Están guardados
para una criatura o un perro. Pues bien conoces
la importancia de la comida, el gusto de la carne,
el olor de la sopa, la suavidad amarilla de la batata,
y conoces el arte sutil de transformar en fideo
el humilde cordón de tus zapatos.
Pues almorzaste una vez: la vida es buena.
Viene bien un cigarro: y lo sacas
de la lata de sardinas.

No hay muchos almuerzos en el mundo, ya sabías,
y los más bellos pollos
son protegidos en platos chinos por vidrios espesos.
Siempre está el vidrio, y no se quiebra,
está el acero, el amianto, la ley,
hay milicias enteras protegiendo el pollo,
y hay un hambre que viene del Canadá, un viento,
una voz glacial, un soplo de invierno, una hoja
baila indecisa y se posa en tu hombro: mensaje pálido
que mal descifras. Entre el pollo y el hambre,
los muros de la ley, las leguas. Entonces te transformas
tú mismo en el gran pollo asado que fluctúa
sobre todas las hambres, en el aire; pollo de oro
y llama, comida general
para el día general, que tarda.

IV

El propio año nuevo tarda.
Y con él las amadas.
En el festín solitario tus dones se aguzan.
Eres espiritual, danzarín y fluido,
pero nadie vendrá aquí a saber cómo amas
con fervor de diamante y delicadeza de alba,
cómo, por tu mano, la cabaña se hace luna.
Mundo de nieve y sal,
de gramófonos roncós bramando lejos
el gozo del que no participas.

Mundo cerrado, que aprisiona las amadas
y todo deseo, en la noche, de comunicación.
Tu palacio se disipa, te lame el sueño,
nadie te quiso, todos poseen,
todo buscaste dar, no te tomaron.

Entonces caminas en el hielo y rondas el grito.
Pero no tienes gula de fiesta, ni orgullo
ni herida ni rabia ni malicia.
Eres el propio año-bueno, que te detienes.
La casa pasa corriendo, los copos vuelan,
los cuerpos saltan rápido, las amadas
te buscan en la noche...
y no te ven, tú pequeño,
tú simple, tú cualquiera.

Estar tan solo en medio de tantos hombros,
andar de a mil en un solo cuerpo, menudo,
y tener brazos enormes sobre las casas,
y tener un pie en Guerrero y otro en Texas,

hablar así en chino, en marañense,
en ruso, en negro: ser uno solo, de todos,
sin palabra, sin filtro,
sin ópalo:
hay una ciudad en ti,
que no conocemos.

V

Una ciega te ama. Los ojos se abren.
No, no te ama. Un rico, en alcohol,
es tu amigo y lúcido repele
tu riqueza. La confusión es nuestra, que olvidamos
lo que hay de agua, de soplo y de inocencia
en el fondo de cada uno de nosotros, terrestres.
Pero, oh mitos que cultivamos, falsos:
flores pardas, ángeles desleales, cofres redondos,
jadeos poéticos académicos;
convenciones del blanco, azul y rojo;
maquinismos, telegramas en serie,
y fábricas y fábricas y fábricas de lámparas,
prohibiciones, auroras.
Quedaste apenas un obrero
comandado por la voz colérica del megáfono.
Eres tornillo, gesto, mueca.
Recojo tus pedazos: todavía vibran,
lagarto mutilado.

Tomo tus pedazos.
Unidad extraña es la tuya,
en mundo así pulverizado.
Y nosotros, que a cada paso nos cubrimos
y nos desnudamos y nos enmascaramos,
mal retenemos en ti el mismo hombre,

aprendiz
bombero
cajero
confitero
emigrante

forzado
maquinista
novio
patinador
soldado
músico
peregrino
artista de circo
marqués
marinero
cargador de pianos

apenas siempre entre tanto tú mismo,
el que no está de acuerdo y es afable,
el incapaz de propiedad,
el pie errante,
la calle huyendo,
el amigo que desearíamos retener en la lluvia,
en el espejo, en la memoria
y perdemos todavía.

VI

Ya no pienso en ti. Pienso en el oficio
a que te entregas. Extraño relojero,
hueles la pieza desmontada:
los resortes se unen, el tiempo anda.
Eres vidriero. Barres la calle.
No importa que te roiga el deseo de partir;
y la esquina haga de ti otro hombre;
y la lógica te aparte de sus fríos privilegios.

Está el trabajo en ti,
mas caprichoso,
más benigno,
y de él surgen artes no burguesas,
productos de aire y lágrimas, indumentos
que nos dan ala o pétalos, y trenes
y navíos sin acero, donde los amigos
hacen rueda y viajan por el tiempo,
libros se animan, cuadros se conversan,
y todo liberado se resuelve
en una efusión de amor sin paga, y risa, y sol.

El oficio, es el oficio
que así te pone en medio de todos nosotros,
vagabundo entre dos horarios; mano conocida
en el batir, el cortar, el hilar, el revocar,
el pie insiste en llevarte por el mundo,
la mano toma la herramienta: es una navaja,
y al compás de Brahms haces la barba
en este salón desmemoriado en el centro del mundo oprimido
donde al fin de tanto silencio y hueco te recobramos.

Fue bueno que callaras.
Meditabas en la sombra de las llaves,
de las corrientes, de las ropas rayadas,
de las cercas de alambre,
juntabas palabras duras, piedras,
cemento, bombas, invectivas,
anotabas con lápiz secreto la muerte de mil,
la boca sangrienta de mil,
los brazos cruzados de mil.
Y nada decías.
Y un pastel, una náusea formándose.
Y las palabras subiendo.
Oh palabras desmoralizadas,
entretanto salvas, dichas de nuevo.
Poder de la voz humana inventando nuevos vocablos
y dando soplo a los exhaustos.
Dignidad de la boca, abierta en ira justa
y amor profundo, crispación del ser humano,
árbol irritado, contra la miseria
y la furia de los dictadores,
oh Carlitos, amigo mío y nuestro, tus zapatos
y tu bigote caminan en una calle de polvo y esperanza.

Canción amiga

Yo preparo una canción
en que mi madre se reconozca,
todas las madres se reconozcan,
y que hable como dos ojos.

Camino por una calle
que pasa por muchos países.
Si no me ven, yo veo
y saludo a viejos amigos.

Yo distribuyo un secreto
como quien ama o sonrío.
Del modo más natural
dos cariños se buscan.

Mi vida, nuestras vidas,
forman un solo diamante.
Aprendí nuevas palabras
y a otras las torné más bellas.

Yo preparo una canción
que haga despertar a los hombres
y adormecerse a las criaturas.

Especulaciones alrededor de la palabra hombre

¿Qué cosa es el hombre,
qué hay bajo el nombre:
una geografía?

¿un ser metafísico?
¿una fábula sin
señal que la aclare?

¿Cómo puede el hombre
sentirse a sí mismo,
cuando el mundo asume?

¿Cómo anda el hombre
junto a otro hombre,
sin perder el nombre?

¿Y no pierde el nombre,
y la sal que come
nada le acrecienta
nada le sustrae
del don paternal?
¿Cómo se hace un hombre?

¿Acostarse, apenas,
copular, en espera
de que del abdomen

brote la flor de hombre?
¿Cómo habrá que hacerse
a sí mismo, antes

de hacer el hombre?
¿Fabricar el padre
y el padre y otro
y un padre remoto
como el primer hombre?
¿Cuánto vale el hombre?

¿Menos, más que el peso?
¿Hoy más que ayer?
¿Vale menos, viejo?

¿Vale menos, muerto?
¿Menos uno que otro,
si el valor del hombre
es medida de hombre?
¿Cómo muere el hombre,
cómo lo comienza?

¿Es hambre su muerte
que se come a sí?
¿Muere a cada paso?

¿Cuando duerme, muere?
¿Cuándo muere, muere?
¿La muerte del hombre
parece la goma
que masca, el ponche
que sorbe, el sueño
que juega, incierto
de estar cerca, lejos?
¿Muere, sueña el hombre?

¿Por qué muere el hombre?
¿Campea otra forma
de existir sin vida?

¿Presiente otra vida
no ya repetida,
dolido horizonte?

¿Indaga otro hombre?
¿Por qué muerte y hombre
andan de la mano
y son tan joviales
las horas del hombre?
¿Qué cosa es el hombre?

¿Le teme a la muerte,
se mata, sin miedo?
¿O el miedo lo mata
con puñal de plata,
lazo de corbata,
salto sobre el puente?

¿Por qué vive el hombre?
¿Quién lo fuerza a eso,
prisionero insomne?

¿Cómo vive el hombre,
si es cierto que vive?
¿Qué oculta en la frente?

¿Y por qué no cuenta
su todo secreto
con voz escondida?

¿Por qué miente el hombre?
¿miente miente miente
desesperadamente?

¿Por qué no se calla,
si habla la mentira
en eso que siente?

¿Por qué llora el hombre?
¿Qué llanto compensa
el mal de ser hombre?

¿Qué pena es el hombre?
¿Cómo puede el hombre
descubrir que duele?

¿Hay alma en el hombre?
¿Quién puso en el alma
lo que la destruye?

¿Cómo sabe el hombre
lo que es su alma
y no el alma anónima?

¿De qué sirve el hombre?
¿para aplastar flores,
para tejer cuentos?

¿por servir al hombre?
¿para crear a Dios?
¿Sabe Dios del hombre?

¿Y sabe el demonio?
¿Cómo quiere el hombre
ser destino, fuente?

¿Es milagro el hombre?
¿Es sueño, es sombra?
¿Pero existe el hombre?

La santa

Sin nariz y hacía milagros.

Llevábamos alimentos limosnas
dejábamos todo en la puerta
mirábamos
petrificados

¿Por qué Dios es horrendo en su amor?

Masacre

Eran mil atacando
el solo objeto
indefendible
y pá y pé y ui
o vupt y rrr
y la risa pajarraco en el aire
graznando
y mil espían
los alfabetos purpúreos
desatándose
sin rumbo
y llmn y nss y yn
eran mil sintiendo
que la vida rehuía
el acto de vivir
y ahora circulaba
sobre toda ruina

Ventana

Tarde dominga tarde
pacificada como los actos definitivos.
Algunas hojas del almendro
expiran en degradado rojo.
Otras apenas están naciendo,
verde pulido donde la luz estalla.
El tronco es el mismo
y todas las hojas son la misma
antigua hoja
brotando de su fin
mientras que vorazmente
la vida, sin contraste, me destruye.

Los muertos

En la ambigua intimidad
que nos conceden
podemos andar desnudos
frente a sus retratos.
No reprueban ni sonríen
como si en ellos la desnudez fuese mayor.

F

forma

forma

forma

que se esquivaba
por eso mismo viva
en el muerto que la busca

el color no se posa
ni habita la densidad
en esa que antes de ser

ya

dejó de ser

no será

pero es

forma

fiesta

fuelle

flama

film

y yno encontrarte no es ningún disgusto
pues abarrotas el amplio almacén de lo factible
donde la realidad es mayor que la realidad.

La música barata

Paloma, Violetera, Feuilles Morte
Saudades do Matão ¿y de quién más?
La música barata me visita
y me conduce
hacia un pobre nirvana a imagen mía.

Valses y canciones engavetadas
en un armario que vibra de guardarlas,
en el viejo armario, ¿cedro, pino o...?
(El ebanista al hacerlo bien sabía
cuánto esa madera sufriría.)

No quiero Händel para un amigo
ni oigo la cencerrada de los arcángeles.
Me basta
lo que vino de la calle, sin mensaje,
y, como nos perdemos, se perdió.

Alta cirugía

El can con dos corazones
pasea por la ciudad:
un corazón de artificio
y un corazón de verdad.

La ciencia, que exulta, obró
tamaña curiosidad:
mitad es gloria de la URSS,
del Brasil la otra mitad.

¿Si el perro es todo dulzura
al natural, qué hay de
más cariñoso que un perro
de doble cordialidad?

No para allí, en su propósito:
servir a la humanidad,
la cirugía moderna,
como la publicidad.

Ya cae sobre otro perrito
con su gran habilidad
(no es un gesto fortuito
mentar al marqués de Sade).

En el lomo del bicho, abren
una vasta cavidad,
plantándole otra cabeza,
que una no es novedad.
Can bicéfalo: prodigio,
nos inflas de vanidad.

Ni el cerebro electrónico
lo vence en mentalidad.

Si nos roban dos ladrones,
dos latidos; acuidad
mayor, rendimiento doble:
ah la productividad.

Dos perros que valen cuatro
«preparó» la Facultad,
sin percibir entretanto
del Brasil la realidad.

Tanta gente sin cabeza
merecía prioridad,
y el perro, ya con la suya,
esa liberalidad.

Y el corazón, ése, es pena
darlo al perro, bondad pura;
los doctores del injerto
tenían más necesidad.

Balada en prosa de Aníbal M. Machado

Y así nos dejó nuestro amigo Aníbal M. Machado: con la gentileza de costumbre, de los cercanos despidiéndose sereno, a los distantes mandando recuerdos.

Recibió a la muerte como recibía a los amigos, a los viajeros y a los perseguidos políticos en la casa blanca de Visconde de Pirajá.

La muerte se sentó en la mejor poltrona, probó el batido de maracujá, animadamente conversaron; noches y noches.

Hablaron del Rio das Velhas, que él llevaba en el bolsillo, porque era montañés de la orilla del agua, alegre, diferente de los comprovincianos; de Nova Granja Vassouras, estaciones de relax; del desván de la calle Tupis de Belo Horizonte, en cuyo sótano él se llamó Antonio Verde y ensayó sus primeras magias.

Pues dicen que fue oficial de gabinete, promotor público, profesor de literatura, oficial de la 5ª Circunscripción del Registro Civil; pero lo que fue justa y exclusivamente es mago no sindicalizado, y para percibir esa condición bastaba reparar en su figura pequeña, eléctrica, de elfo benigno, y en las palabras delante de la voz, palomas apuradas.

Una de sus magias, y no de las voluminosas, fue llegar cerca de los 70 pareciendo no tener aliento para 20; y mientras los otros distribuyen sus dolencias, él distribuía sensualidad saludable de vivir y de interesarse estética y concretamente por la vida; la vida, en su totalidad; en movimiento, forma y pintura, en carne, hueso, injusticia, amor; la vida que él quería limpia y vivible para todos (pero eso ya no depende de los magos).

Así, a muchos ayudó a vivir, y a no sé cuántos salvó de sí mismos, del tedio, de la soledad y de la sequedad, pues todo él era una casa, con mesa puesta y luz encendida,

para el desesperado y el ebrio, probando que la ciudad no es laberinto del infierno si en ella florecen el domingo feérico dentro del domingo, la paciencia y la sonrisa.

Entonces, sabiendo de eso y de alguna otra cosa, la muerte no podría asustarlo ni humillarlo, pues ya lo probara de modos diversos, inclusive en el avión del que se desprendió la hélice, y en cuyo interior, él, sin flaquear, amparó al compañero de piernas mutiladas, en agonía.

Es que, llegada la hora, la muerte fue una visita entre otras, al hombre que recibía doscientas mil visitas, inclusive a las molestas, y no era presidente de nada.

Y así fueron dialogando, él con su boina, ella con su hoz escondida.

Aquí afuera llegaba el eco apagado de la conversación.
(En la ventana del sanatorio, el ramo de flores, mensaje al mundo.)

A una palabra de Selma, de Lúcia o de Lucas, nos enterábamos de que todo se cumplía con simplicidad y decencia, a la manera de los Machado; y pensábamos en las seis Marías: Celina, Clara, Ana, Luisa, Ethel, Araci; especialmente en María Clara, obra maestra de Aníbal, que le pasó la vara de prodigios; en los cuentos, en los poemas, en las llamadas telefónicas, en Chaplin, su hermano mayor, en João Ternura, su hermano más joven; y sentíamos que, postrado en la cama y conducido al despojamiento final, él continuaba siendo el más joven, el más alegre de todos, de suerte que no sabemos todavía si murió efectivamente o si es apenas una de sus magias.

(Rio de Janeiro, marzo 10 de 1964)

Índice

A

- Alta cirugía 93
- Anécdota búlgara 19
- Aurora 22

B

- Balada en prosa de Aníbal M. Machado 95
- Boca 23
- Búsqueda de la poesía 48

C

- Cabaret mineiro 20
- Canción amiga 80
- Canto al hombre del pueblo 68
- Canto al hombre del pueblo Charlie Chaplin 68
- Como un presente 64
- Confidencia del itabirano 28
- Congreso internacional del miedo 31
- Consideración del poema 45
- Consuelo en la playa 63
- Cuadrilla 18

E

- El obrero en el mar 29
- Elegía 1938 35
- En medio del camino 15
- Especulaciones alrededor de la palabra hombre 81

F

- F 91

L

- La mano sucia 43
- La música barata 92

La santa 87
Laguna 12
Los hombros soportan el mundo 32
Los muertos 90
Los rostros inmóviles 40

M

Manos juntas 33
Masacre 88
Me quiero casar 21
Mundo grande 36

N

No te mates 25
Nuestro tiempo 51

P

Pasaje del año 61
Poema de siete caras 11
Poema que ocurrió 16
Poesía 17
Política literaria 13

R

Recuerdo del mundo antiguo 34

S

Secreto 27
Sentimental 14
Soneto de la perdida esperanza 24

T

Tristeza en el cielo 39

V

Ventana 89

Este libro se terminó de imprimir el día 26 de Septiembre del año 2005
en los talleres gráficos de la Editorial Arquitrave en Bogotá, D.C.
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Affonso Romano de Sant'Anna

Harold Alvarado Tenorio

T.S Eliot

Carlos Jiménez

Ferreira Gullar

Paulina Vinderman

Charles Baudelaire

Montale, Ungaretti y Quasimodo

Du Fu

Manuel Bandeira

Lawrence Ferlinghetti

Elkin Restrepo

Konstandinos Kavafis

Li Bai

Alberto Da Costa e Silva

Rowena Hill

Bob Dylan

Jack Kerouac

César Bisso